

La Revista de la Universidad

Ignacio Solares

A través de sus diversas metamorfosis, la Revista de la Universidad de México es una de las publicaciones periódicas más longevas de la UNAM. Gran parte de la inteligencia nacional se ha dado cita entre sus páginas. Ignacio Solares, su actual director, recupera las etapas por las que ha pasado y recuerda algunas de las figuras que enriquecieron sus contenidos.

La historia reciente de las revistas en la UNAM se inicia con la *Revista de la Universidad de México*, que es la publicación universitaria en circulación más antigua del país. En 1930, poco después de lograr su autonomía, se retomó la publicación del *Boletín de la Universidad de México*, fundado en 1922. Dirigido por Julio Jiménez Rueda, el boletín funcionó durante esos años como el principal órgano de comunicación de la comunidad universitaria.

Sin embargo, este papel eminentemente informativo sería cubierto por la *Gaceta UNAM*, ya que en 1946 ese boletín se convirtió en la *Revista de la Universidad de México* y se le dio un perfil más académico, humanista y literario. Desde entonces, la revista ha sido encabezada por diversos directores que le han impreso un sello distintivo a las diferentes épocas que ha vivido la publicación. En sus páginas han colaborado varias generaciones de intelectuales, artistas y científicos mexicanos y extranjeros, convirtiéndose en un referente central para el estudio de las fuentes literarias, académicas e intelectuales del México contemporáneo.

Como afirmaba Jorge Luis Borges, las revistas y los suplementos culturales se hacen a partir de la reunión de un grupo de amigos, con gustos e intereses diver-

sos, pero con ideas comunes acerca de la propuesta cultural que quieren realizar. Al publicar sobre las obras y temas que les gustan o disgustan, buscan las coincidencias, amplían sus horizontes y atraen a los lectores con gustos e intereses afines. Por supuesto, las puertas siempre deben estar abiertas a jóvenes que coincidan con esos intereses.

El caso de la *Revista de la Universidad de México* es notable en nuestro país porque es la única publicación que ha sabido acoplarse al ritmo cambiante y dinámico de la realidad cultural del país. Su vigor renovado y su capacidad de adaptación se debe, fundamentalmente, a que sus objetivos están íntimamente ligados a la vocación y la razón de ser de nuestra Universidad Nacional: la educación, la investigación científica y la difusión de la cultura entre toda la población.

A lo largo de mi vida, primero como simple lector y después como escritor y editor, he visto nacer, crecer, envejecer, morir y renacer infinidad de revistas y suplementos culturales, pero en especial podrían tejerse paralelismos entre la historia de la *Revista de la Universidad de México* y las publicaciones fundadas por Fernando Benítez a inicios de la segunda mitad del siglo XX, periodo durante el cual en estas publicaciones se concentraba y

reflejaba buena parte del quehacer artístico, literario y cultural del país.

Para muchos escritores y artistas de mi generación, la ávida lectura cotidiana del suplemento “México en la Cultura”, dirigido por Fernando Benítez, nos abrió todo un panorama y nos brindó una visión muy distinta de lo que era nuestra cultura contemporánea. En sus páginas descubrimos que en México teníamos una literatura, la nuestra, y que estaba a la altura de las mejores del mundo. Ahí leí, por ejemplo, un adelanto de *La región más transparente*, la primera novela de Carlos Fuentes. En ese suplemento también leí, por primera vez, a Juan Rulfo y a Juan José Arreola, entre muchos otros autores que ahora forman parte de nuestro canon literario.

Benítez fundó los suplementos culturales más importantes de nuestro país: desde la “Revista Mexicana de Cultura” de *El Nacional* en 1947, pasando por “México en la Cultura” de *Novedades* en 1949, “La Cultura en México” de la revista *Siempre!* en 1962, y el “Sábado” del primer *unomásuno* en 1977, hasta llegar a “La Jornada Semanal” en 1984. Con ellos cambió la manera de entender la cultura mexicana, pues fue siempre un decidido impulsor del talento nacional.

A principios de los años cincuenta, el panorama del periodismo cultural en México era más bien magro, pues

eran pocos los diarios que contaban, ya no digamos con suplementos culturales: ni siquiera tenían secciones que dieran noticia de los acontecimientos del ámbito cultural. Las notas informativas sobre los conciertos, exposiciones y presentaciones de libros iban directo a la sección de sociales, junto con las bodas, bautizos y fiestas de quince años.

La situación de las revistas literarias y culturales tampoco era muy favorable. Desde el siglo XIX, los intelectuales mexicanos se aglutinaban alrededor de las publicaciones como instrumento de difusión de sus ideas y concepciones artísticas y culturales. No obstante, estas revistas dependían fundamentalmente de los recursos que los propios autores y editores podían conseguir para su subsistencia, pues eran escasas las empresas editoriales o las instituciones que podían darse el lujo de sufragar los gastos de una publicación cultural. Me refiero, por ejemplo, a las célebres revistas de la primera mitad del XX, tales como *Contemporáneos*, *Taller*, *El Hijo Pródigo*, *Examen*, entre otras.

La Universidad Nacional fue una de las contadas instituciones que, desde los años veinte, había venido publicando su propia revista que, como ya vimos, primero fungió como órgano oficial y poco a poco se convirtió en una de las revistas culturales más importantes del país. En la misma época en que Benítez sacaba adelante sus suplementos culturales, con Jaime García Terrés al frente, la *Revista de la Universidad de México* convocó en sus páginas a muchos de los artistas e intelectuales más destacados del país, en un periodo histórico donde la UNAM, como ha dicho Carlos Monsiváis, era “algo equivalente al territorio libre en el México reprimido y represor de entonces; un espacio significativamente exceptuado de la censura y regido por criterios contemporáneos”; una época en que la UNAM era “el mayor espacio formativo del público nuevo, donde se combinaban experimentación y conocimiento crítico”.

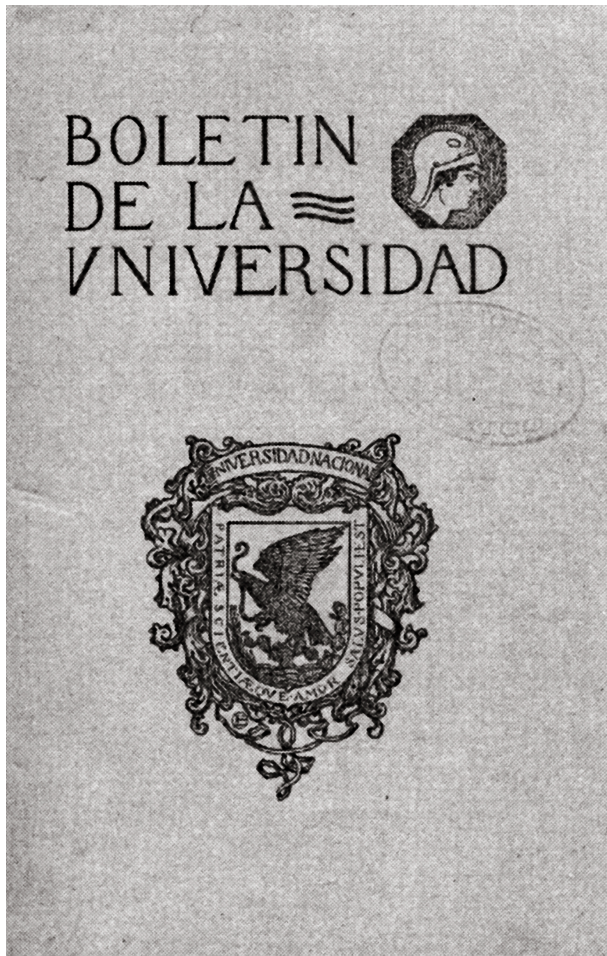
En una sabrosa crónica sobre su experiencia, primero como miembro de la redacción, Juan García Ponce retrató certeramente la publicación cuando la dirigió García Terrés, de 1953 a 1965:

Era una publicación variada y a la vez concentrada, cualidad muy difícil de lograr; era literaria e inquieta por las ciencias sociales, realmente universitaria: un abanico universal de temas y colaboradores; en esa época pueden apreciarse en toda su magnitud las enormes posibilidades del ensayo interpretativo; hay temas y autores que se dan a conocer en México; la revista refleja el desarrollo de acontecimientos y fenómenos: marxismo, existencialismo, psicoanálisis...

Puede decirse que a García Terrés le tocó hacer madurar la publicación, pues coincidió en ella un grupo



Julio Jiménez Rueda, primer director de la *Revista de la Universidad*, e intelectuales en Palacio Nacional, 1932



Boletín de la Universidad, 1917

importante de entonces jóvenes escritores, críticos y artistas que le dieron gran importancia a la creación literaria, el ensayo, la crítica literaria y los textos de análisis político. Henrique González Casanova fungió en esa etapa como coordinador de la revista y los secretarios de redacción fueron Carlos Valdés y el propio Juan García Ponce. Huberto Batis se encargaba de la corrección y revisión de galeras. Entre los colaboradores más habituales se encontraban José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Juan Vicente Melo, Emmanuel Carballo, Ernesto Mejía Sánchez, Francisco Monterde y Emilio García Riera. Las páginas se ilustraban con imágenes de Vicente Rojo, Juan Soriano, Alberto Gironella, Pedro Coronel y Alberto Beltrán, entre otros.

Desde entonces se estableció en la publicación una tradición de gran rigor intelectual y excelente nivel de factura que los directores posteriores han tomado como punto de referencia para sus gestiones al frente de la revista, y que muchas otras publicaciones y suplementos, de dentro y fuera de la Universidad, han tratado de emular.

A García Terrés le siguió Luis Villoro, quien la dirigió poco menos de un año, antes de la salida del doctor Chávez como rector. Villoro quería una revista "más universitaria en el sentido institucional y científico del término", pero no le dio tiempo de consolidar su esfuerzo, ya que se vino encima la crisis del 68. Con Gas-



Revista Universidad de México, septiembre-octubre 1954

tón García Cantú, la revista integró los temas y la problemática latinoamericana, que se profundizó aún más durante la dirección de Leopoldo Zea, el gran filósofo y pensador continental, a quien le siguió, por un breve periodo, el jurista Diego Valadés y como jefe de redacción Carlos Montemayor.

Cuando Octavio Paz renunció a la Embajada de México en la India como protesta a la represión estudiantil en 1968 y regresó a México, Julio Scherer le ofreció fundar una revista, la primera revista cultural publicada por un gran periódico. Así nació *Plural*. Fernando Benítez había emigrado a la revista *Siempre!* y había cambiado el nombre del suplemento a "La Cultura en México". Para entonces, a mediados de los años setenta, *Excelsior* era considerado "El Periódico", con mayúsculas. Bajo la dirección de Julio Scherer era crisol y espejo de la política y la cultura del país, hasta que el régimen echeverrista le asestó el golpe con el que vino a terminar toda una época en la historia del periodismo mexicano.

Afortunadamente, la diáspora daría lugar a otros tantos medios impresos que vendrían a consolidar, con el paso de los años y a partir de muchos sacrificios, la libertad de expresión con la que contamos hoy. Así nacieron la revista *Proceso* y el diario *unomásuno*, y más tarde el periódico *La Jornada*. En tanto, Octavio Paz decidió darle continuidad al proyecto que había iniciado en *Plural* y fundó *Vuelta*, revista que dirigiría hasta su

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 1 | MARZO 2004

Cortázar revisitado

Carta inédita a Juan José Arreola

Carlos Fuentes

Gabriel García Márquez

Carlos Monsiváis

Tomás Eloy Martínez

Sergio Ramírez

Saúl Yurkievich

Julio Ortega

Gonzalo Celorio

Hernán Lara Zavala

Ignacio Trejo Fuentes

Ignacio Solares

Eduardo Casar

Darío Jaramillo

Rafael Luna

Mauricio Molina

Alberto Paredes

Lourdes Dávila

Poema inédito

Reportaje gráfico de Julio Silva

Primer número de la Nueva Época de la Revista de la Universidad de México, marzo 2004

muerte en 1998. Más tarde, Enrique Krauze recogería la estafeta y lanzaría *Letras Libres*.

Durante esos años, la *Revista de la Universidad de México* fue dirigida sucesivamente por tres destacados escritores: Hugo Gutiérrez Vega, Arturo Azuela y Julieta Campos. Ésta última había sido colaboradora muy cercana de Paz en *Plural* y por tal razón llegó a la dirección de la revista con un ánimo similar al de aquella publicación, aunque ahora adaptándolo a los tiempos y las circunstancias de la realidad mexicana.

El periodo de Julieta Campos al frente de la revista coincidió con el rectorado del doctor Octavio Rivero Serrano. Nos encontramos en el último tramo del sexenio de José López Portillo. Está próximo a desvanecerse el espejismo petrolero, el modelo económico y político de la Revolución Mexicana se ha agotado y el país entraría pronto en una de sus más severas crisis.

Pero en 1981 todavía había optimismo, aunque ya se avizoraba la tormenta, y Julieta Campos lo manifestó en la presentación de ese primer número dirigido por ella. Su intención era convertir a la revista en un “re-

ducto de lucidez apasionada en el confuso océano de querellas y etiquetas que suscita, en nuestros días, tantos naufragios políticos que no vamos a rehuir”.

Ese número destacó por incluir un texto poco conocido de Octavio Paz, titulado “Escribir y decir (Conversación en la Universidad)”, que transcribe el encuentro que el poeta tuvo con estudiantes universitarios de la entonces ENEP Acatlán (de la que Julieta Campos fue profesora durante muchos años), como parte del encuentro que cerró el ciclo “La experiencia literaria” organizado por la UNAM y el PEN Club de México en julio de 1979.

Allí, uno de los jóvenes le pregunta a Paz: “¿Puede usted hablar de la otredad?” y él responde:

Cada minuto somos otros. El que está hablando ahora de la otredad no es el mismo que habló hace un segundo. ¿Y qué es la otredad? Somos tiempo y, por serlo, nunca acabamos de ser; siempre estamos a punto de ser. A punto de ser ¿qué?, no lo sabemos. Entre la pregunta y la respuesta brota ese algo que nos cambia y que convierte al hombre en una criatura imprevisible.

En efecto, como imprevisible es la vida de un país como México, y en cuatro años, de 1981 a 1985, cuando Julieta elaboró el último número de su etapa como directora de la revista, el país se encontraba en una circunstancia muy diferente, y que cambiaría aún más en los años venideros, todo lo cual, necesariamente, se vería reflejado en las páginas de la revista, que tendría que transformarse y adecuarse para seguir el paso de los nuevos tiempos, donde la sociedad civil saldría a la luz para empujar la democratización del país. Surgieron nuevos actores políticos y sociales, y también la vida cultural de México se amplió y diversificó.

En tanto, en 1977, Fernando Benítez dejó la dirección del suplemento “La Cultura en México” en manos de Carlos Monsiváis para irse a dirigir el suplemento cultural “Sábado” del *unomásuno*, fundado por Manuel Berra Acosta. En la nueva etapa, Monsiváis se rodeó de espléndidos escritores, traductores e ilustradores, que elaboraron un suplemento de gran calidad vanguardista, dando a conocer en sus páginas a infinidad de autores nacionales e internacionales pero, sobre todo, permitió el acceso a las nuevas generaciones de escritores. Todo ello consolidaría un grupo intelectual que habría de trabajar más tarde, entre otros, en la revista *Nexus*.

Al presentarse la ruptura interna en el *unomásuno* que daría lugar al nacimiento de *La Jornada*, Benítez dejó el suplemento “Sábado” en manos de Huberto Batis y se fue a dirigir “La Jornada Semanal” que es hasta el momento el suplemento cultural más longevo y sólido del país. Después de Benítez, lo dirigirían Roger Bartra, Juan Villoro y hasta la actualidad Hugo Gutiérrez Vega.

La UNAM también se vería sacudida por la nueva realidad. En 1987, el movimiento estudiantil conmocionó la vida institucional y la Universidad empezaría a sufrir grandes cambios que, como era de esperarse, se manifestaron en la revista: cambios de formato, enfoque editorial y plantas de colaboradores. Durante las gestiones de Federico Reyes Heróles, Horacio Labastida, Fernando Curiel y Alberto Dallal, la *Revista de la Universidad de México* buscó adaptarse a los nuevos tiempos, a pesar de las arduas circunstancias por las que atravesó la institución, y logró salir adelante, aunque todavía faltaba enfrentar un nuevo reto.

En 1999, la UNAM sufrió la huelga más larga de su historia. Además de la pérdida de clases, lo más grave fue el peligroso deterioro del tejido social al interior de la institución. El país estaba en ebullición política. Por primera vez, en setenta años, había la posibilidad de que ganara el candidato de un partido diferente. Como nunca antes, en los medios de comunicación (sobre todo en la prensa y la radio) se podía comentar, y defender posturas críticas con apenas cortapisas.

Afortunadamente, la crisis se resolvió y los universitarios nos dedicamos a reconstruir el entramado social y el prestigio académico e institucional de nuestra Casa de Estudios. En enero de 2004, la *Revista de la Universidad de México* se fusionó con otra de las publicaciones de la UNAM (*Los Universitarios*, fundada en 1973). La tradición de una y la juventud de la otra han dado como resultado la nueva época de la publicación, una publicación donde no buscamos competir con nuestro propio pasado sino tratar de continuarlo y conseguir nuevos equilibrios entre la solidez, el rigor y el júbilo que nos hacen universitarios. Desde entonces hemos retomado el camino de ofrecer materiales literarios y gráficos de relevancia académica y artística, además de enfrentar una realidad nueva: la tecnología digital.

Nadie puede poner en duda que la oferta cultural en México es mucho más amplia en la actualidad que hace ochenta años, acorde al crecimiento de la población y a la pluralidad de su conformación, pero también es cierto que, a pesar de esta riqueza, su alcance resulta a todas luces insuficiente. Hoy, casi todos los periódicos y revistas de información cuentan con su propia sección cultural y subsisten algunos suplementos como “La Jornada Semanal”; “El Ángel” del periódico *Reforma*, y “Laberinto” de *Milenio Diario*, que trata de mantener viva la herencia y las enseñanzas de Benítez, Batis, Paz, Pacheco y Monsiváis. Además, en casi todos los estados de la República hay por lo menos un diario que edita un suplemento cultural, y las revistas literarias nacen y mueren casi cada mes a lo largo y ancho del país. Y, a pesar de todo, el CONACULTA sigue apoyando la publicación de revistas independientes.

Así llegamos a lo que somos hoy, en el siglo XXI. ¿Cuáles son los retos que nos depara el futuro? Ante la marejada de información que nos inunda diariamente, a todas horas, a través de los medios electrónicos, la labor de las publicaciones culturales se hace más compleja. Tenemos que renovarnos constantemente y salir de la página impresa para integrarnos a la realidad de los medios electrónicos. De esta forma, desde hace tres años y medio se inició la transmisión de su edición televisiva, de su propio programa en TV UNAM. No se trata de una simple transposición de los contenidos de la revista impresa a lo audiovisual, sino de la búsqueda y exploración de un lenguaje propio, adecuado a otros medios, que tiene otras reglas y otras posibilidades de expresión y creatividad.

Por otra parte, entramos de lleno a Internet. Hemos puesto a disposición de todo mundo las ediciones completas en formato digital de todos los números de la nueva época de la revista, además de incluir materiales de la revista televisiva, como fragmentos de entrevistas y materiales inéditos. Estamos enfrascados en un proceso de aprendizaje de nuevas formas de transmisión de la información y del conocimiento. Estamos aprendiendo junto con nuestros lectores y nos mantenemos en contacto permanente con ellos a través de las novedosas redes sociales como Facebook y Twitter.

En su versión impresa, la revista se ha revitalizado con la integración de plumas de importantes escritores y periodistas culturales que mes con mes nos ofrecen textos de relevancia. Autores como Vicente Leñero, José de la Colina, Hugo Hiriart, Adolfo Castañón, David Huerta, Christopher Domínguez y Pablo Espinosa comparten páginas con nuevos escritores que se están forjando un nombre a través de cuentos, poemas, ensayos, reseñas y artículos, que ponen a consideración de los lectores de la revista.

Así nos encontramos a poco de iniciar la segunda década del nuevo milenio. Estamos conscientes de que nuestra misión como universitarios y difusores de la cultura es la misma, aunque un poco distinta. Ya no se trata de abrir la conciencia de la sociedad mexicana a las manifestaciones del arte universal como lo hizo José Vasconcelos y lo continuaron los Contemporáneos. Tampoco se trata de poner en el mapa universal el talento y las obras de los artistas mexicanos como quiso Fernando Benítez.

Ahora se trata, más que nunca, de que las revistas culturales sirvan como verdadero puente de comunicación al ofrecer elementos de juicio para que el público pueda discernir y apreciar con mayor amplitud el alcance y la trascendencia de las propuestas estéticas de los artistas de México y el mundo, así como ofrecer un espacio privilegiado para la discusión libre y argumentada de las ideas, para las nuevas generaciones.